

Falleció Luis Fernando de Elizalde

24/4/89



Elizalde

Definió alguna vez a la misión del escritor como la de tener fe. Tal toma de posición pinta de cuerpo entero a Luis Fernando de Elizalde, destacado escritor argentino, cuyo fallecimiento se produjo ayer en esta ciudad.

Deja una obra -numerosa y desperdiciada en los más variados géneros- que es, ante todo, el testimonio de la certidumbre que animaba al autor sobre la perennidad de los valores del espíritu y lo ennobecedor que es para el hombre el albergar ciertos desvelos.

Que fueron, por cierto, sus permanentes compañeros, como la preocupación religiosa, el reverente temor ante lo infinito y la comprensión del pasado como algo vinculado al destino que a cada uno le toca afrontar.

Su intensa y perseverante vocación literaria estuvo referida a esas inquietudes y a la meditación sobre ellas. Surgía de ese hecho una coherencia entre sus escritos y su persona, que hoy valoriza a aquéllos y da a la memoria que queda de Elizalde un tono ético que constituye su mejor elogio.

Nacido en esta ciudad en 1915, en el seno de una familia de hondo arraigo en la historia del país, cursó estudios en la Facultad de Filosofía y Letras y muy pronto sintió el impulso de dar forma lírica a vivencias y aspiraciones.

El "Libro de la soledad y el amor", en 1945, y "El ser imprecisable", en 1947, fueron los volúmenes de poesía que iniciaron su trayectoria. En 1951 apareció el drama poético "Silviana", en una edición que ilustró Juan Batlle Planas y prologó Juana de Ibarbourou, primera muestra de un vivo interés por el teatro, que habría de llevarlo, más tarde, a dar a la escena obras como "El Conjuero" -medalla de oro de Argentores en 1963-, "Las Poseídas", en 1970, y "El sombrero de guindas", en 1978.

Aunque sería la narración el ámbito en el que Elizalde habría de alcanzar la dimensión autoral a la que lo destinaba

la singularidad de su talento. Los cuentos de "El Camino" -volumen aparecido en 1959- fueron, al respecto, un excelente anticipo de sus posibilidades. Pero es con la novela "Dilapidador de un pasado" donde, en 1967, se habría de dar la justa medida de su capacidad autoral, luego refirmada por otras novelas como "El Llamado", en 1981, "La Heredad", en 1985, y por los cuentos de "Sucesos", que en 1972 obtuvo el premio del Fondo Nacional de las Artes, "La acera invisible", en 1975 -que le hizo compartir con Jorgelina Loubet el Primer Premio Municipal de Narrativa-, y "Cuentos Zen", en 1977.

Frecuente colaborador del suplemento literario de LA NACION, desde sus páginas dio a conocer valiosas reflexiones sobre los condicionantes del ejercicio literario y acerca del compromiso que esa actividad entraña en relación con la defensa de los legados culturales.

Hombre generoso, a un tiempo humilde y mundano, la comisión directiva de la SADE lo contó reiteradas veces entre sus miembros.

Los restos de Luis Fernando de Elizalde son velados en Juncal 958 y serán sepultados hoy, a las 11, en la Recoleta.

Falleció Luis Fernando de Elizalde

Definió alguna vez a la misión del escritor como la de tener fe. Tal toma de posición pinta de cuerpo entero a Luis Fernando de Elizalde, destacado escritor argentino, cuyo fallecimiento se produjo ayer en esta ciudad.

Deja una obra -numerosa y desperdigada en los más variados géneros- que es, ante todo, el testimonio de la certidumbre que animaba al autor sobre la perennidad de los valores del espíritu y lo ennobecedor que es para el hombre el albergar ciertos desvelos.

Que fueron, por cierto, sus permanentes compañeros, como la preocupación religiosa, el reverente temor ante lo infinito y la comprensión del pasado como algo vinculado al destino que a cada uno le toca afrontar.

Su intensa y perseverante vocación literaria estuvo referida a esas inquietudes y a la meditación sobre ellas. Surgía de ese hecho una coherencia entre sus escritos y su persona, que hoy valoriza a aquellos y da a la memoria que queda de Elizalde un tono ético que constituye su mejor elogio.

Nacido en esta ciudad en 1915, en el seno de una familia de hondo arraigo en la historia del país, cursó estudios en la Facultad de Filosofía y Letras y muy pronto sintió el impulso de dar forma lírica a vivencias y aspiraciones.

El "Libro de la soledad y el amor", en 1945, y "El ser imprecisable", en 1947, fueron los volúmenes de poesía que iniciaron su trayectoria. En 1951 apareció el drama poético "Silviana", en una edición que ilustró Juan Batlle Planas y prologó Juana de Ibarbourou, primera muestra de un vivo interés por el teatro, que habría de llevarlo, más tarde, a dar a la escena obras como "El Conjuero" -medalla de oro de Argentores en 1963-, "Las Poseídas", en 1970, y "El sombrero de guindas", en 1978.

Aunque sería la narración el ámbito en el que Elizalde habría de alcanzar la dimensión autoral a la que lo destinaba



Elizalde

la singularidad de su talento. Los cuentos de "El Camino"-volumen aparecido en 1959- fueron, al respecto, un excelente anticipo de sus posibilidades. Pero es con la novela "Dilapidador de un pasado" donde, en 1967, se habría de dar la justa medida de su capacidad autoral, luego refirmada por otras novelas como "El Llamado", en 1981, "La Heredad", en 1985, y por los cuentos de "Sucesos", que en 1972 obtuvo el premio del Fondo Nacional de las Artes, "La acera invisible", en 1974 -que le hizo compartir con Jorgelina Loubet el Primer Premio Municipal de Narrativa-, y "Cuentos Zen", en 1977.

Frecuente colaborador del suplemento literario de LA NACION, desde sus páginas dio a conocer valiosas reflexiones sobre los condicionantes del ejercicio literario y acerca del compromiso que esa actividad entraña en relación con la defensa de los legados culturales.

Hombre generoso, a un tiempo humilde y mundano, la comisión directiva de la SADE lo contó reiteradas veces entre sus miembros.

Los restos de Luis Fernando de Elizalde son velados en Juncal 958 y serán sepultados hoy, a las 11, en la Recoleta.



Careo y exámenio artístico en fotografía,
donato Montecorvo, dos volúmenes
sobre 4 volúmenes el alma de la gente
en sus retratos, con la administración
de

LOS ROSTROS DEL ESPEJO

Edición de don R. J. Jeldi



L.C.A.B.A.	
Nº DE INVENTARIO	37416
UBICACION	X-30-184 FM
INGRESO	18-6-18
MATERIA	pot delec D

Ecuador 1575 - 2º - "C"
Cap. Federal

La luz obsesiva de los espejos

AB-9-87

“Los rostros del espejo”

Por Fernando Elizalde

(Edición del autor)

“**L**OS espejos tienen vida propia”, afirma el autor en uno de los treinta y tres relatos que componen la obra. En efecto, Fernando Elizalde maneja con acierto los resortes del cuento fantástico, en el que la presencia obsesiva, permanente, de los espejos introduce al lector en un universo fantasmagórico, irreversible, imposible.

En general se trata de cuentos cortos que transmiten al lector sentimientos encontrados de distanciamiento y de soledad; también reconocemos en ellos las vicisitudes de una generación (la generación a la que pertenece el autor) que ha vivido la transición, a veces caótica, entre dos épocas. Otra constante de los relatos es la lucha permanente entre el Bien y el Mal, y entre los instintos y la razón, en la que esta lleva a menudo la peor parte, según el peculiar punto de vista del autor.

En *El espejo de baratillo*, Fernando Elizalde recrea la parábola sobre la futilidad de toda perfección terrena, perfección que corre el riesgo de atraer a su opuesto, si se la pretende alcanzar en vida, y en *La lección del espejo* el lector participa de las profundas reflexiones filosóficas que atormentan —entendemos— al autor. En este relato

Elizalde “castiga”, también, a una humanidad entregada a las cuestiones prácticas más que al “conocimiento de la trascendencia” y aprovecha las reflexiones de la luz en un espejo-testigo (el relato está narrado en tercera persona) para aludir a la fugacidad del ser y de las imágenes de la vida “real”.

La pluma de Elizalde navega pendularmente entre lo Oculto y lo Visible, entre lo Revelado y lo Inaccesible, entre el Cielo y la Tierra. Es, por lo tanto, un estilo muy personal dentro de la literatura fantástica contemporánea, estilo al que no son ajenas algunas influencias de distintas épocas, desde Oscar Wilde a Lovecraft, pasando por Bioy Casares.

Uno de los relatos más logrados quizá sea *El espejo de Sir Patrick*, donde el autor transmite las impresiones de aquel noble que no sabía que había muerto... Por su parte, *El espejo y el tiempo* merecería figurar en una buena antología de ciencia ficción argentina.

Fernando Elizalde no elude, tampoco, la crítica social ni la aguda observación psicológica de ciertos personajes que él ha conocido. Así, en *La suplantación* desliza una crítica ácida hacia las varias formas de la hipocresía que se ponen de manifiesto, todos los días, en la conducta de las personas, y en *El espejo y el otro* retoma un tema que ha fascinado a los escritores de todas las épocas: el tema del *Doppelgänger*, el doble.



Fernando Elizalde

La presencia de los espejos es constante, permanente, y cumple las más diversas funciones, además de ser *espejo del alma*: por ejemplo, el espejo como frito testigo de la continuidad de la vida (*lo perdurable*). *La casa del espejo* describe una historia commovedora, que se interna —quizás— en un terreno muy personal, íntimo, y en *La trampa del espejo*, Elizalde recrea una atmósfera ingenuamente irreal que, sin embargo, se halla a mitad de camino entre la ciencia ficción y la literatura fantástica (143 páginas).

Emilio E. Cócara

(c) LA NACION